

IMAGINARIO

Patricia Ruiz Hernández

La escritora creó un personaje llamado Guy. Sería espía internacional, con habilidades para salvar a la humanidad de intrigas y conspiraciones. Emularía la fama de Indiana Jones y del mismo James Bond al protagonizar grandes aventuras, teniendo como escenario Egipto, las Cataratas del Niágara, Francia, las Amazonas o la Muralla China.

Cuando la novelista pretendió desarrollar la trama, su imaginación sufrió bloqueo, las palabras no fluían y su mente divagó con mil ideas. Durante varios días, la pantalla de la computadora permaneció en blanco y si acaso lograba plasmar alguna frase, la deshacía de inmediato. Por fortuna, ya no tiraba kilos de papel al bote de basura, tal como solían hacerlo los escritores de antaño con el uso de la máquina de escribir. Ahora con la tecla “suprimir”, se arreglaba. Para recuperar la inspiración, salió a dar largos paseos, fumó varios cigarrillos y aseó con esmero la casa; pero todo sin resultado.

La literata, como persona flexible y abierta al diálogo, conversó con Guy, interrogándolo por su falta de cooperación. El personaje mostró rebeldía, parecía poseer voluntad propia para dirigir su propio destino.

—¿Qué pretendes? —le cuestionó ella.

—Quiero tener una vida larga y feliz -explicó Guy-, deseo estar en un laboratorio, ser biólogo o químico, tener una familia y convivir con mis amigos. Rechazo lo que me ofreces: una vida solitaria, huesos rotos, chipotes y cicatrices.

—Eso no interesa a los lectores -dijo ella-, viajarás en globo, autos blindados y ferrocarril, conocerás a bellas mujeres y vivirás increíbles aventuras.

—Exacto, son increíbles, agregaría que son inverosímiles y fantasiosas. Dime, ¿quién sobrevive a explosiones, ráfagas de metrallas o choques de autos? Insisto, quiero establecerme en un sólo lugar y ser científico —exclamó Guy.

—Eso no será posible, tengo proyectado para ti otra vida, con un propósito diferente —dijo ella.

—¿Por qué? ¿Te parece aburrida la ciencia? —le cuestionó a la escritora.

—No es así, pero nadie me compraría los derechos de esa novela para filmar una película, tratándose de un personaje cuya actividad es pasar horas en un laboratorio, tomar la siesta, celebrar convivencias familiares y arreglar su jardín. Comprende, lo que más vende son las historias de acción —contestó ella.

—No me importa -dijo Guy-, quiero ser el arquitecto de mi propio destino – agregó- ¿será que te disgusta tu vida?, ¿acaso me estás usando para vivir a través de mí?, ¿quieres cubrir tus carencias existenciales y realizarte conmigo?

—¡Anda! Deja de hacerle al psicólogo aficionado, yo soy la escritora y decido lo que es bueno para ti -contestó ella.

—Me niego rotundamente a ser tu títere, conmigo no cuentas —dijo Guy

La novelista quedó pensativa, no sería la primera vez que la creación asume vida propia y se vuelve en contra de su creador -reflexionó-, está el caso del monstruo de Frankenstein o del popular Sherlock Holmes, cuando el escritor Arthur Conan Doyle, harto de este personaje, pretendió matarlo, pero el famoso detective se negó a desaparecer.

Después de recapacitar, comenzó a escribir una novela; las palabras aparecían en la pantalla, quizá dictadas por el propio protagonista. Lo convirtió en el Doctor Guy Ameyal, eminente científico, reconocido a nivel internacional por sus aportaciones en el uso de energías renovables. Se enfrentaría a las fuerzas perversas de organizaciones secretas, cuya misión sería evitar que la humanidad encontrara fuentes inagotables de energía, pero eso ya es otra historia.

EL MIRÓN

Patricia Ruiz Hernández

—¡Agárrenlo! ¡Policía! ¡Ahí va el asaltante! —grité a todo pulmón.

Alrededor del cadáver del hombre que se resistió al asalto se juntaron los curiosos. Era parte del grupo de mirones.

—Quiso robarlo y la víctima opuso resistencia, entonces le disparó. Yo lo vi —dije a los otros transeúntes.

Por la acción de un karma exprés, el maleante tropezó y cayó al piso. Varios héroes lo detuvieron y comenzaron a golpearlo. Enseguida llegaron más personas y se contagiaron de la indignación y el hartazgo colectivo. Vivimos la ausencia de la autoridad, no sólo física sino moral. Hemos perdido la fe en la justicia. Se avecinaba un drama en el que habría dos muertos. Deseaba que la policía demorara y que la muchedumbre lograra ajusticiarlo, ¿para qué lo encerraban? ¿Para qué saturaban las cárceles? Seguro en unos días saldría libre por falta de pruebas y seguiría su carrera delictiva.

Se dirigió a mí un señor alto y muy delgado, vestido con un traje elegante pero algo anticuado. Me dio la mano presentándose.

—Soy Luciano Cruz. Es lamentable que la víctima haya pasado a segundo término por el afán de venganza. Lo primero es mostrar compasión por el finado, quizá no estaba preparado para morir y seguramente dejó asuntos pendientes. Fallecer debe ser una experiencia traumática, en la que se enfrenta soledad y confusión.

—Mucho gusto, soy Santiago Fuentes —le dije al señor Cruz-, no entiendo muy bien de qué habla. Para mí, lo mejor sería vivir como en el viejo oeste, con juicios rápidos y de inmediato a la horca. Yo me apunto para preparar la soga y ser el verdugo. ¡Bonitos tiempos vivimos! La delincuencia organizada hace de las suyas en las barbas de la policía desorganizada.

—En todo acto humano el amor debe prevalecer. No es conveniente juzgar a otros, seamos hombres de Dios dando el perdón y compasión a nuestros semejantes —comentó.

—¿Alguien trae una cuerda? —pregunté a los presentes. Ignoré groseramente al señor Cruz. Me enfadaba que hablara como predicador— Ahí está ese poste o aquel árbol que parece resistente, así no hay riesgo de que se quiebre y en lugar de ahorcado, sólo quede fracturado. Por lo que veo nadie trae una cuerda, por supuesto, ¿cuándo se ha visto que las personas echen una soga a su portafolio?, ni las mujeres la cargan en la surtida miscelánea ambulante llamada bolsa.

Algunas voces aisladas gritaban:

—¡Déjelo! No se vale hacer justicia por propia mano. Ya viene la policía. No somos animales.

Nadie se detuvo y siguieron con la patiza. A punto de lincharlo, la inoportuna policía llegó y repartió macanazos para rescatarlo.

—Me siento con el deber de rendir testimonio. Presencié un crimen y no me importa perder el tiempo en los juzgados. De cualquier manera no tengo un trabajo ni horario al que me deba sujetar —le dije al señor Cruz.

Mi ocupación habitual consistía en cobrar el alquiler de varias casas de las que era dueño, además la gente me buscaba para que les prestara dinero. Sólo se complicaba cuando algún cliente se negaba a pagar y tenía que recurrir a mis ayudantes —quienes eran un poco rudos-, para convencer al moroso de cumplir con el trato y evitar algún penoso accidente. Por otra parte, era lo que dicen, un soltero empedernido, valoraba mucho mi libertad, nunca tuve hijos, ni molestos parientes a quienes atender, así que disponía del tiempo del mundo. Si me solicitan para declarar, por supuesto que acudiré.

Estaba parado junto a un policía y le dije:

—Señor policía, fui testigo de lo acontecido, reconozco al homicida sin temor a equivocarme y me encuentro en la mejor disposición de ayudar. Yo nunca quise linchar al delincuente, ni cooperé para golpearlo. Le aseguro que no me gusta la violencia. Pero, ¿qué podía hacer yo solito ante la turba enloquecida?

Enseguida le di mis datos personales, mientras el policía hacía anotaciones.

—Bueno, se acabó, debemos seguir nuestro camino —dijo el señor Cruz, quien me incomodaba porque era de esa gente confianzuda que se comporta como si me fuéramos grandes amigos.

Poco después asistí a las audiencias públicas del juicio, no lo hice por metiche, sino porque tenía consciencia cívica. Atestigüé el interrogatorio.

—Soy inocente —dijo el malhechor al juez—, me confundieron. Yo nada más iba pasando. Soy un honrado comerciante y padre de cinco hijos. Trabajo muy duro para mi familia. Mire, aquí traigo las fotos de mis pequeños y de mi amada esposa.

—¡Mentira! ¡Farsante! Lo mató para robarlo —grité indignado.

—Que diga el acusado su nombre y domicilio —expuso el fiscal.

—Juan Trinquetes, callejón Emboscada número 13 de esta ciudad.

—Que diga el acusado si pertenece a la conocida banda El baba y sus ladrones.

—Niego pertenecer a cualquier banda.

—Que diga el acusado si su alias es el Manitas.

—No, ese es mi hermano gemelo.

—¿Por qué huyó de la escena del crimen?

—No huí, tenía prisa por alcanzar el autobús para ir a trabajar.

—¿Reconoce el arma que tenía en su poder?

—Me la sembraron.

—Anexo como prueba documental los antecedentes penales del acusado, en donde se demuestra que fue procesado en un juicio anterior y un video del día de los hechos —dijo el fiscal.

Permanecí a presenciar todo el juicio. El video permitió observar la escena del crimen y al final el delincuente fue condenado gracias a las cámaras de seguridad colocadas en la avenida. Esperé inútilmente a que el juez me llamara.

Apareció el señor Cruz, de quien me había olvidado y le dije:

—¿Tú qué haces aquí? ¿Me andas siguiendo? ¿Quieres mi dinero?

—Mi misión es ayudarte en la transición —y me lanzó una profunda mirada que transmitió respuestas y me permitió comprender.

De inmediato hubo en mí una revelación ¡Por supuesto! La víctima era yo. Hasta ese momento me evadí de la verdad. El salto fue tan rápido y tan inesperado. Nunca pensé morir. Seguramente sufrí un estado que los psicólogos llaman negación, es un mecanismo de defensa que consiste en desechar la existencia de conflictos por considerarlos desagradables. Pues bien, ya me curé, sin necesidad de acudir al loquero, sólo con la ayuda del señor Cruz, mi nuevo amigo, a quien dócilmente me dispuse a seguir, no sé a dónde.

DIOS SE LO PAGUE

Patricia Ruiz Hernández

Un pordiosero estaba sentado bajo una cornisa, en su trono de pavimento. Formaba parte del paisaje urbano al igual que muchos otros que deambulaban por las calles de la gran ciudad. Aguardaba la caída de alguna moneda en el mugriento bote, o en el mejor de los casos, el arribo de un billete. Repetía frases prediseñadas como: “Una caridad por el amor de Dios” o “Lo que sea su voluntad, hermanos”. A veces, balbuceaba palabras ininteligibles por la repetición constante. A ratos, se quedaba callado y permanecía con la mano extendida, cual faquir que espera dominar la mente sobre el cuerpo. Era socorrido por personas que motivadas por la compasión, se desprendían de un poco de dinero. Algunos transeúntes lo ignoraban desviando la mirada a la contemplación de los aparadores. Había quien le ofrecía una mirada rápida a su aspecto: barba entrecana, cabello enmarañado, rostro sucio, zapatos dispares y harapos.

Un grupo de bulliciosos jóvenes, como cachorros juguetones, pasaron a su lado. Uno de ellos se inclinó hacia el bote. El pordiosero escuchó un sonido diferente al de una moneda al caer.

—¡No es basurero! ¡Méndigo! —exclamó al descubrir que el joven había depositado una tuerca.

—¡No estaba dormido! ¡Ya se enojó! —dijo el bromista, al tiempo que se alejaba rápidamente con sus amigos ante la cólera del limosnero.

En otras ocasiones, con un extraño sentido del humor, las personas le habían obsequiado piedrecillas o tornillos.

—Una limosnita, muero de hambre —imploró a una mujer que disminuía sus pasos, acercándose al rincón perfumado con orines y efluvios de alcantarilla.

—Te ofrezco algo para comer, buen hombre —dijo la mujer, entregándole un pan. Él recibió la donación, mas no pronunció palabras de agradecimiento. Las aportaciones en especie no eran de su agrado, las prefería en metálico. Ella se retiró con la satisfacción de haber realizado una buena acción, aun sin recibir el esperado “Dios se lo pague”.

Más tarde, llegaron dos señoras, integrantes de un grupo altruista que ayudaban a personas en situación de mendicidad.

—Acércate. Estamos ofreciendo comida en aquella camioneta —dijo una de ellas, señalando un vehículo que contenía una gran olla y un canasto con pan para obsequiar refrigerio a los indigentes.

—También te invitamos a pasar la noche en un albergue, si no tuvieras en donde dormir. Hay cama y cena para ti. No pagarás nada —explicó la otra señora—, sólo una condición: no debes llegar embriagado —agregó, refiriéndose al inequívoco aroma que desprendía. En respuesta, el limosnero hizo mutis

alejándose deprisa, dejando perplejas a las mujeres. Se detuvo a cierta distancia para esperar a que las señoras se marcharan de “su” esquina. Le inquietaba que otros ganaran su puesto. Regresó hasta que las filantrópicas damas se retiraron. Tal como lo temía, ahí estaba el gangoso con quien tenía una rivalidad de antaño. Aquel hombre poseía una ventaja competitiva: cantaba canciones populares y melodías religiosas, con lo que ganaba la simpatía de la gente.

—Adabare, adabare, adabare a mi señoor... —berreó cortos versos, ofreciendo a los peatones un popurrí de cantos-. Gracias, do que sea su voduntad, que no afedte su ecodomía.

—¡Largo! —gritó iracundo al usurpador— ¡Es mi lugar!

Como animal territorial que defiende su espacio, amedrentó al antagonista con violencia física y verbal, mostrándole su faceta perruna. Al final, el rival atemorizado se retiró y el limosnero, triunfante, recuperó su espacio.

Cuando el día menguaba, dio por terminada la jornada laboral y acudió, como de costumbre, a la tienda donde canjeaba la morralla por billetes. Fue un buen día. El monto de lo recaudado equivalía a varios tantos el sueldo de cualquier empleado. Entró a un baño público, se lavó la cara y las manos, se despojó del disfraz que guardó en una mochila, de la misma donde sacó ropa limpia, zapatos y un abrigo. Enseguida, se trasladó a la central de camiones para viajar a su población. Abordó el camión y se acomodó en el asiento, sacó una botella pequeña y empinó su contenido. Sintió un dolor intenso en el abdomen, sufría náuseas y una gran fatiga. Eran los síntomas irreversibles de una enfermedad ética, se lo dijo un doctor.

A punto de iniciar el trayecto, se confirmó aquello de que el mundo es un pañuelo. Subió al autobús la misma señora que ese día le regaló un pan. La observadora dama lo reconoció.

—¡Tú eres el que pide limosna! ¡Reconozco tu cara, aunque no traigas los harapos! Soy buena fisonomista ¡Eres un mentiroso!

—No sé de qué habla. Me está confundiendo.

—Mira que aprovecharte de la buena fe de las personas ¡Pero hay un Dios!

—¡Chofer! Esta mujer me está molestando —señaló el profesional del engaño.

—Señora, por favor tome asiento o deberá bajar del autobús —ordenó el chofer.

Ella no tuvo otra opción que sentarse, aunque visiblemente molesta continuó murmurando: “El gobierno debería hacer algo contra estos estafadores. ¿Por qué las autoridades permiten que nos timen estos haraganes?” Por su parte, el pordiosero pirata reflexionó en que el contratiempo lo obligaría a cambiar de lugar o de ciudad. No correría el riesgo a ser desenmascarado. Horas más tarde, llegó a su moderna morada, adquirida con sus habilidades en el arte de la

simulación. Un cansancio supremo lo venció y sin buscar la cena que le preparaba la ayudante doméstica, se desplomó en el sillón. Alcanzó un vaso, lo llenó con whisky, después de tomarlo quedó profundamente dormido. Soñaba con su arca desbordante de monedas.

CARTA A MI HERMANA:

Patricia Ruiz Hernández

¡Hola, Manita! Te escribo en mi cumpleaños para decirte que me haces mucha falta. Hubiera sido genial tenerte cerca para contarte mis cosas. ¿Te imaginas? A diario podríamos platicar de los amigos, de las clases o del vecino que me gusta.

A lo mejor allá donde estás no te enteras de las broncas que hay en la casa. ¡Qué te va a importar nuestra vida! Por el trabajo de papá nos cambiamos muy seguido de ciudad. Cada vez debo acostumbrarme a una nueva escuela, a otros compañeros y a dormir en un cuarto diferente. Siempre extraño lo que dejé atrás. Mi mamá sigue de pleito con papá porque él es muy coscolino. Ella dice que tiene que hacerle “marcaje personal”. Significa que debe cuidarlo mucho. Lo aclaro pues seguro no entiendes sus dichos. Ella se convirtió, para ti, en una desconocida.

¿Sabes lo que dicen de los hermanos gemelos? Que tienen una conexión muy especial. Me hubiera gustado comprobarlo, sentir lo mismo que tú, adivinar tus pensamientos y tú los míos. Imagino que por nuestro parecido físico nos confundirían. Claro que yo sería la más bonita. Las personas nos harían bromas tontas como que yo soy Clara y tú eres Yema. Tal vez, presentarías el examen de álgebra en mi lugar. ¡Qué divertido sería engañar a los maestros! ¿No crees?

No te ofendas pero, pienso que fuiste muy cobarde por abandonarnos. Tuviste miedo de formar parte de esta familia, que aunque disfuncional, somos una familia. De aquí nadie te corrió, te corriste sola. Hubiéramos sido cómplices y grandes amigas. Yo tendría con quién pelear cuando estuviera de mal humor por la regla. Y por las noches, nos reiríamos de tonterías hasta que nos doliera la panza. Luego, mamá gritaría: “¡Ya apaguen la luz y duérmanse!”. Te perdiste la diversión por tu cobardía. Escuché que cada uno decidimos si nacemos o no. Tú no quisiste hacerlo y me dejaste sola en el vientre de mamá. Tan campante te marchaste, dejándome ser la única gemela sobreviviente.

DOÑA QUEJUMBRES

Patricia Ruiz Hernández

—Madre, tu comida está servida —dije con cierto recelo, mientras observaba su semblante tosco. Sabía que mi madre era de carácter avinagrado.

—No sabes hacer una sopa de arroz como Dios manda. ¡Mira!, está toda apelmazada. ¡Qué porquería! —expresó con su acostumbrada violencia verbal.

—Pasé mucho tiempo en la cocina. Hice mi mejor esfuerzo. Pruébala.

—¿No merezco ni una comida decente? Jamás haces algo que se te agradezca.

—No me sorprende tu enojo. Siempre me has humillado. Ya ves, no me casé por cuidarte. Pretendientes nunca me faltaron, pero los corrías a todos. Que si el hombre era muy pobre, que si aquel estaba feo o que el otro no iba a misa. Total, me quedé soltera y cuando envejecí ya no agarré novio ni de segunda mano. Me hubiera conformado con un viudito cuando menos, pero con tu maldito carácter, ¿quién me iba a querer?

—Andabas de ofrecida con esos fulanos. Paseaban con ellos mientras tu pobre madre estaba encerrada sin que nadie le diera un trago de agua o la medicina.

—Ya me arruinaste la vida y yo de taruga que te hice caso —enseguida cambié de tema para no seguir con el círculo vicioso-. Mira, también hice chiles rellenos.

—¿A eso le llamas chiles rellenos? Hasta para batir el huevo eres una inútil.

—¡Carajo! A todo le pones peros. Creí que era tu comida favorita y como nunca demuestras felicidad por nada. Al rato pruebas el atole. Lo hice tal como te gusta, sin grumos y espeso. No se quemó como otras veces.

—Seguro dejaste tiznada la olla.

—Aquí la única que tizna eres tú.

—¡Qué respondona te has vuelto!

—Desde que papá murió, mis hermanos y yo quedamos sufriendo tu eterno enojo. Al final, ellos fueron más listos al largarse. ¡Qué se podía esperar después de lo que les hiciste!

—¿Qué les hice a esos malagradecidos? Toda la vida me sacrificué por ellos.

—Me dejaron a doña *Quejumbres* para mí solita, con su costal de reproches incluido. Fui condenada a limpiar tu suciedad, tus mocos y aguantar tus berrinches.

—¡Mírala, saliste rezongona!

—¡Reconócelo! Mis hermanos se fueron por los mitotes que armabas. Muchas veces fingías estar enferma sólo para chantajearlos. Acuérdate que les pedias dinero que no necesitabas. Sus esposas no aguantaron tener una suegra loca y argüendera. Cuando todavía podías caminar andabas en puros chismes con las vecinas. Hasta parecías cámara de vigilancia fisgoneando a todos.

—No me recuerdes a mis desgraciadas nueras. Fueron muy malditas conmigo. ¿No viste las groserías que me hacían? ¡Qué mala suerte tuve!

—No te hacían groserías. Tú eras entrometida hasta hartar. Todavía no descubro qué le dijiste a mi último novio, al zapatero, para que me abandonara. Él me quería bien. Recuerdo sus palabras de amor y sus piropos. Me decía cosas como: “Te quiero, bonita. Anímate a ser mi mujer. Eres hermosa y con medias suelas quedarías como nueva”.

—Mi hija casada con un zapatero remendón, ¡ni Dios lo permita! Este mantel lo tienes todo percutido, se supone era blanco.

—Tan percutido como el vestido de novia que nunca usé. No me extraña lo que dices, peleas hasta con el espejo. En nuestra casa jamás hubo risas o música. Siquiera me hubieras dado el cariño que me faltó de un hombre. Anda, come, es para ti.

—Trágate tus mal hechuras. Ni el perro las va a querer.

—Madre, ya me cansé de pelear. En este Día de Muertos se amable conmigo tan sólo una vez y acepta las ofrendas que en tu honor pongo en el altar.

FÁBULA DEL VENADO TITO

Patricia Ruiz Hernández

Un día, en el bosque, estaban reunidos los animales con el propósito de realizar un concurso de artes. Deseaban exhibir sus talentos y embellecer aún más su hermoso hábitat. Decidieron que el juez sería Goyo, el oso.

Yoli, la araña, muy diligente comenzó a tejer una enorme red, muy resistente, que brillaba al sol. Ella siempre se esmeraba en hilar con preciosos diseños, a todos encantaba con sus creaciones, y en ésta ocasión lo haría todavía mejor. Chuy, el pájaro carpintero, moviendo su penacho rojo, se posó en el tronco de un árbol para hacer figuras con el pico. Su ayudante sería Toni, el espino. Sus púas serían de gran utilidad para apoyar el trabajo de Chuy; ambos formaban un gran equipo. Entretanto, Quique, el chimpancé, tomó tizas de un árbol carbonizado para dibujar sobre un tronco, pues era un excelente dibujante. Los pájaros, Lalo y Toño, tendrían a cargo el número musical, por lo que iniciaron los ensayos para la presentación a dúo. Sabían que su precioso canto deleitaría al grupo. Mientras, Nati, la rana, sería instructora de danza de sus compañeras y Pepe, el castor, puso dientes a la obra, tomando troncos para realizar con su poderosa dentadura una bella escultura.

Tito, el venado, llegó con un extraño artefacto que tomó de una aldea abandonada por el hombre. Su plan era adornarlo con diversos objetos. Sin embargo, los animales se burlaron de él.

-¡Ja, ja, ja!, ¡qué cosa tan fea!, parece un árbol seco, con esas ramas ridículas, ¡qué adefesio! ¡No he visto algo más horrible! –dijo Chuy.

-No está hecho por ti, lo trajiste del mundo de los hombres –exclamó Quique.

-¡Fuera, sáquenlo! –exclamaron a coro algunos.

Para resolver el problema, Goyo consultó a Paco, el búho, por ser el más sabio de todos los animales. Sus juicios siempre eran atinados. Una vez deliberado el asunto, comunicó su respuesta.

-A Tito se le permitirá participar. Algunos de ustedes toman de la naturaleza el material para sus obras y lo transforman, lo mismo hará él –dijo el justo Goyo. Los animales tuvieron que acatar aquella decisión.

Tito se esmeró en su trabajo, colgando hojas, flores y muchos extraños objetos que traía de sus excursiones al mundo humano. Finalmente quedó una estructura multicolor.

El día del concurso se hicieron las presentaciones de aquellos artistas. Algunos se burlaron de Tito.

-¡Ja, ja, ja!, es un esperpento –dijo Quique.

-Ustedes no comprenden, a esto le llaman arte contemporáneo –lo defendió Pepe.

-No hagas caso, Tito. Algunos si apreciamos la estética y la originalidad de tu obra –dijo Lalo.

-Sí, no hagas caso –afirmó Toño-, te apoyamos.

Al final, el concurso lo ganó Pepe con su maravillosa escultura, todos aplaudieron con gusto, reconociendo la belleza de su obra.

Esa noche, comenzó una gran tormenta, los animales corrieron a protegerse a sus madrigueras. Los relámpagos iluminaban la negrura del bosque, las madres abrazaban a sus temblorosos pequeños y todos temían que la tempestad destruyera su hogar. Entonces, el cielo se iluminó y un gran estruendo se escuchó al caer un rayo sobre la obra de Tito, que resultó ser un pararrayos. A la mañana siguiente, cuando la tormenta pasó, pudieron darse cuenta que aquella estructura evitó que se dañara el lugar.

Así, aprendieron la importancia que tiene el respeto y la tolerancia hacia el trabajo de los demás.

LETRAS EN UNA SERVILLETA DE PAPEL

Patricia Ruiz Hernández

Escribo estas líneas sentado en la cafetería frente a mi alma máter. Soy un estudiante de arquitectura, pero debería decir, un estudiante pobre de arquitectura. Tomé la decisión de abandonar mis estudios ya que la situación es insoportable, no dispongo de los medios para continuar mi educación y lograr el sueño de convertirme en profesional, así que seré un desertor, uno más para las estadísticas. La idea surgió después de que me negaron una beca y tampoco obtuve el trabajo de mesero que solicité. Mi familia es humilde e iletrada, nunca me han apoyado, para ellos soy un *flojonazo* que rehúye trabajar; con esto queda demostrado que la pobreza y la ignorancia son hermanas siamesas. No tengo ni para pagar el café que estoy tomando, seguramente emprenderé la graciosa huida, no será la primera vez. Para desahogarme, garabateo mis pensamientos en esta servilleta de papel, pues dejé mis cuadernos en el cuartito que rento, que por cierto no he pagado. Me escondo del casero después de pedirle un poco más de tiempo, pero él, sin entender razones me dio un ultimátum. Doy vuelta al papel y economizo el espacio, reduciendo el tamaño de letra y las ideas.

Los trabajos eventuales en los que me empleo no me daban lo suficiente para sufragar mis gastos. Me alimento –en el mejor de los casos- una vez al día. Los viejos zapatos que adquirí en un bazar, ya cuelan el agua de los charcos y mi ropa antes colorida, luce monocromática y ajada. Tuve que recurrir a una academia que ofrece cortes de pelo gratuitos; me presté como conejillo de indias de las aprendices que me dejaron trasquilado. Hay una alternativa que no he considerado: vender mi sangre, por supuesto de manera clandestina; mis amigos me animan con el argumento que de esta manera puedo subsistir lo que resta de la carrera, sólo debo presentarme en cierto laboratorio y llenar un cuestionario en el que habré de mentir al apuntar que soy la salud personificada, enseguida me anotarán como donador altruista y pagarán discretamente. Otra forma puede ser acudir a los hospitales para ofrecer mis servicios a los familiares de pacientes que requieran donadores. Imagino que con el dinero podré darme un *banquetazo*. Se acabó el espacio...Al parecer encontré una salida, ¡caray!, escribir es terapéutico. Sólo queda un problema por resolver: la sangre me marea y le tengo un miedo irracional a las agujas.

POSTAL APLAZADA

Patricia Ruiz Hernández

Con el inevitable pasar del tiempo se acumulan experiencias que brindan sabiduría y serenidad, a veces, reina la añoranza por los amigos ausentes que alguna vez caminaron junto a nosotros y tomaron otra senda. Estas reflexiones ocupaban mi mente al ser ya una mujer en la edad dorada. Así, en un frío día de invierno ocurrió un hecho por demás inesperado. Regresaba a mi hogar para refugiarme del gélido viento que soplaba, recogí la correspondencia del buzón, entré dispuesta a saborear un delicioso *ponche* y arroparme de pies a cabeza para continuar con la lectura de la novela *Navidad en las Montañas*. Rehuía el bullicio decembrino y los placeres que ofrece el consumo desmedido en esta época del año; hábitos que desvirtúan la verdadera esencia de la Navidad. Al revisar las cartas, sobresalía una que por su singular apariencia capturó mi atención. Se trataba de un sobre amarillento, un poco ajado, con timbres claramente antiguos y con el sello de la oficina postal fechado ¡treinta años atrás!, con impaciencia y mano temblorosa me apresuré a abrirlo... ¡Era una tarjeta de Navidad! De aquellas hermosas y antaño tradicionales, escrita con bella caligrafía. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que recibí alguna. Me la enviaba una entrañable amiga de juventud, de quien tenía años sin saber de ella... ¡Era increíble! Mi pensamiento se volvió confuso y la imaginación me llevó a especular que la misiva estuvo extraviada en la oficina de correos y tres décadas después finalmente la enviaron; aunque de inmediato deseché la idea por inverosímil.

Sin poder concentrarme en la lectura, pase el día cavilando el asunto. Tales pensamientos me llevaron a evocar lo común que era el intercambio de postales entre las personas, con los parabienes escritos de puño y letra del remitente. Algunas eran de manufactura casera, en las que se escribían frases personalizadas y creativas, en otras se expresaba el mensaje habitual de “Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo” acompañado de hermosos paisajes invernales o escenas del Nacimiento. Las familias atesoraban aquellas tarjetas colocándolas en el ya de por sí sobrecargado arbolito de Navidad; a la usanza antigua, éste consistía en una rama seca que se pintaba de color blanco, montada en un rústico bote –camuflado con papel de regalo-, se adornaba con pelo de ángel, esferas, luces, figuras de papel y la colección de postales. Si acaso algún amigo o familiar omitía enviar su tarjeta a cierta persona, podía significar una ofensa; el olvidadizo, a manera de justificación culpaba al servicio postal por aquella desatención, con frases como: “¿No te llegó mi tarjeta?, se debe haber extraviado en el correo,

tienen mucho que entregar”, lo cual era cierto, los carteros tenían en esa temporada sobrecarga de entregas.

Por la noche llegó mi hijo y le narré el inusual acontecimiento, haciendo énfasis en la antigüedad de la tarjeta. Él la examinó con detalle, para mi sorpresa, encontró una pequeña nota dentro del sobre, de la que no me había percatado y me la entregó. Con ese descubrimiento me sentí un poco atolondrada. La nota decía:

Querida amiga: Guardé esta postal por treinta años, ya sabes que soy una acumuladora incurable. En aquel tiempo te la envié con un domicilio erróneo y el correo la regresó. Al revisar algunas cajas del desván, la encontré y me puse nostálgica, pues esta época me pone un tanto tristonera, entonces decidí pasar a tu casa y depositarla en el buzón. Quería sorprenderte. Espero haberlo logrado. ¡Feliz Navidad!

SE NOS FUE

Patricia Ruiz Hernández

Toño era un niño de once años, pequeño y vivaracho, delgado, ojos negros y cabello lacio –muy lacio- que jamás le quedaba bien peinado, aún con las gotas de limón que su madre le aplicaba todas las mañanas. Asistía a la escuela primaria de un pequeño pueblo en los años cincuenta. En este lugar se percibían los olores a frutas y a flores de las huertas cercanas. Había un gran patio cubierto de tierra y varios árboles que hacían sombra. En los salones se observaban las bancas dobles de madera, los pizarrones verdes con sus gises blancos y el mapa colgado en la pared; además de reglas, escuadras y compases colocados en un pequeño mueble.

Era el momento del día más esperado por los niños: la hora del recreo. Toño jugaba al fútbol con sus compañeros y después de anotar varios goles en una portería imaginaria delimitada por dos ladrillos, trepó a un gran árbol. Ya en las alturas dio un mal paso y cayó de una rama. Sus compañeros alarmados gritaron:

—¡Maestro! Toño se cayó y no despierta ni me mueve.

El maestro Sergio acudió a ver al niño que seguía tendido en la tierra.

—¡Ve a avisar al director! ¡Yo veré que puedo hacer! —ordenó a uno de sus alumnos. Mientras tanto, intentó, sin resultado, reanimar al niño aplicando sus conocimientos rudimentarios en primeros auxilios, más empíricos que formales.

El director se abrió paso entre el tumulto que rodeaba al accidentado. Acto seguido, llamó a una ambulancia y al llegar los paramédicos lo trasladaron a una pequeña clínica rural. El maestro Sergio subió al vehículo para acompañar al niño. Al poco rato de ingresar a la clínica le informaron que Toño ya no presentaba signos vitales. Dijeron que murió. Quedó asombrado con la fatídica noticia, pero trató de sobreponerse, pues sabía que le correspondía actuar como emisario ante la familia.

Caminó hacia el domicilio del niño que se encontraba muy cerca de la clínica. Al llegar, tocó en la puerta y salió a recibirlo la señora Juanita, mamá de Toño. Visiblemente asombrada, sin atinar el motivo de la visita dijo:

—Buenos días maestro, ¿qué lo trae por acá?, pásele, ¿gusta tomar una taza de atolito que acabo de hacer? Ya mandé el dinero para pagar el vidrio que Toño rompió. ¿Y ahora qué hizo? ¿Se portó mal el canijo chamaco?

—Buenos días, vengo con el penoso deber de avisarle que Toño cayó de un árbol y se pegó en la cabeza. Ya no despertó.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir? ¿Qué le pasó a mi Toño?

—Señora, desgraciadamente murió. Está en la clínica y le sugiero que avise a su esposo.

La señora se convirtió en un manojito de nervios y sin digerir por completo la noticia, dijo a uno de sus numerosos hijos:

—¡Corre! ve a avisar a tu padre, ya debe venir de la milpa. Búscalos en casa del compadre Fidencio, ahí ha de estar echándose unos tragos. Dile que es urgente.

Más tarde, doña Juanita y don Antonio esperaban sentados para hablar con el médico. Hasta el momento les negaron ver al niño. Una enfermera les informó que el único doctor de guardia salió a un asunto urgente y no que tardaría. También les explicó que deberían esperar para realizar varios trámites.

Pasaron los minutos que se convirtieron en horas. Don Antonio, hombre de abolengo campesino, mostró desesperación por la tardanza. Era un hombre acostumbrado a lidiar con grandes pérdidas. La única tragedia que lo conmovió hasta el llanto fue cuando perdió toda su cosecha y gran parte del ganado en una inundación. Se quejó con su mujer por la larga espera, pues no había probado alimento y siempre era fiel a sus horarios de comida.

—Vieja, esto no tiene pa`cuando, vámonos a la casa para que me des de comer. Mira las horas que son y yo con la panza vacía. De todos modos tu hijo no se va a mover de aquí —dijo a su esposa.

Doña Juanita, era una esposa resignada e incapaz de contradecir las órdenes de su marido, aun cuando fueran insensibles o arbitrarias. Con el corazón acongojado lo obedeció sin chistar.

De todo esto Toño fue testigo mudo. Vivió una experiencia extracorpórea. Vio su pequeño cuerpo tumbado en el suelo, como un actor que se ha despojado de su vestimenta. Siguió la ruta de la ambulancia y observó las maniobras que realizaron los paramédicos para reanimarlo. Le desesperó no poder comunicarse con sus seres queridos e intentó, sin éxito, mover algunos objetos para llamar la atención. Al escuchar que estaba muerto, se sintió algo desorientado y confuso. Sin entender cómo, una fuerza desconocida lo empujó para alejarlo de los escenarios que fueron su mundo, así se encontró en un camino que lo conducía

quién sabe a dónde. Allí todo era hermoso. Una gran luz lo esperaba y otras personas iban por el mismo sendero. Nada de esto correspondía a las ideas preconcebidas que tenía sobre la muerte. En la doctrina le dijeron que, cuando muriera, vería a Dios en persona, cara a cara y que si se portaba mal, le esperaba un gran castigo en el otro mundo. No vio fuego por ningún lado. En cambio, encontró gran belleza, paz y armonía en el mundo espiritual. En el camino encontró un letrero que tenía una flecha con el mensaje: “camino sin retorno”. Antes de entrar a una zona más luminosa, lo detuvo un ser angelical:

—¡Detente! Tu tiempo no ha llegado. ¡Regresa!

Despertó postrado en una camilla. Se levantó y dio un brinco para llegar al piso. Nadie estaba cerca para auxiliarlo. Los pequeños pasillos de la clínica lucían desiertos y salió por su propio pie a la calle. Reconoció el lugar, pues estaba muy cerca de su casa, así que se dirigió a ella.

—Mamá, aquí estoy –dijo al entrar-, ¿no sabes lo que me pasó!

La señora dio un grito y se desmayó de la impresión. A diferencia de don Antonio, quien fue más dueño de sus actos y sólo demostró leve sorpresa.

Cuando la madre recobró la conciencia, no dejó de dar gracias a la Santísima Trinidad y a todos los santos, al tiempo que abrazaba a su hijo efusivamente en un mar de lágrimas.

Desde entonces, ella cuenta la experiencia numerosas veces, repitiendo:

—Se nos fue, pero regresó.